

PREGUNTAS PARA QUIENES NO VAN AL TEATRO

En Electra, los compañeros que pagaron dentro del plazo la representación, asistieron a una versión de la tragedia. Vamos a tratar, como actividad especializada, de encontrar las principales diferencias entre las versiones de dos trágicos. Busca información y responde a las siguientes cuestiones. En la introducción de cada texto te damos algunas pistas.

1. Escribe una breve reseña sobre cada uno de los autores, Sófocles y Eurípides.
2. ¿Dónde está Electra tras la muerte de su padre en cada versión?
3. ¿Cómo muere Agamenón en cada versión?
4. ¿Quiénes aparecen en cada versión?
5. ¿Quiénes conforman el coro en cada versión y qué peso social tienen?
6. Enumera las localizaciones que aparecen en el texto (ciudades, regiones, accidentes geográficos, etc.)
7. Define las palabras y expresiones subrayadas.

A) **SÓFOCLES** (CORO DE DONCELLAS)

En este caso, la obra da comienzo con Orestes ya listo para la venganza, que entra en palacio haciéndose pasar por otro que trae, precisamente, sus cenizas. Llega acompañado por su pedagogo, que se hizo cargo de él por petición de Electra, que se lo entregó para protegerlo de Egisto. Electra vive en palacio. Así comienza:

(Ante el palacio real de Micenas. Al fondo, la llanura de la Argólida. Amanece.)

PEDAGOGO: ¡Oh, hijo de Agamenón, del jefe del ejército ante Troya! Ahora te es permitido ver lo que siempre has deseado. Esta es la antigua Argos, el suelo consagrado a la hija agujoneada de Inaco. He aquí, Orestes, el ágora licia del Dios matador de lobos; luego, a la izquierda, el templo ilustre de Hera. Ves, créelo, la rica Micenas, adonde hemos llegado, y la fatídica mansión de los Pelópidas, donde, en otro tiempo, después de la muerte de tu padre, te recibí de manos de tu hermana, y, habiéndote llevado y salvado, te crié hasta esta edad para vengar la muerte paterna. Ahora, pues, Orestes, y tú, el más querido de los huéspedes, Pílates, se trata de deliberar con prontitud sobre lo que es preciso

hacer. Ya el brillante resplandor de Helios despierta los cantos matinales de las aves y cae la negra noche llena de astros. Antes de que hombre alguno salga de la morada, celebrad consejo; porque, en el estado de las cosas, no ha ya lugar a vacilar, sino a obrar.

ORESTES: ¡Oh, el más querido de los servidores, cuántas señales ciertas me das de tu benevolencia hacia nosotros! En efecto, como un caballo de buena raza, aunque envejezca, no pierde ánimo en el peligro, sino que levanta las orejas, así tú nos excitas y nos sigues de los primeros. Por eso te diré lo que he resuelto. Tú, escuchando mis palabras con toda tu atención, repréndeme si me engaño. Cuando iba a buscar el oráculo pítico, para saber cómo había de castigar a los matadores de mi padre, Febo me respondió lo que vas a oír: «Tú solo, sin armas, sin ejército, secretamente y por medio de emboscadas, debes, por tu propia mano, darles justa muerte.» Así, puesto que hemos oído este oráculo, tú, cuando sea tiempo, entra en la morada, para que, habiendo averiguado lo que allí ocurre, vengas a decírnoslo con certeza. No te reconocerán ni sospecharán de ti, después de tanto tiempo, y habiendo blanqueado tus cabellos. Diles que eres un extranjero focidio, enviado por un hombre llamado Fanoteo. Y, en efecto, éste es su mejor aliado. Anúnciales también, y júrales, que Orestes ha sido víctima del destino por una muerte violenta, habiendo caído de un carro veloz en los Juegos Píticos. ¡Que tales sean tus palabras! Nosotros, después de haber hecho libaciones a mi padre, como está ordenado, y depositado sobre su tumba nuestros cabellos cortados, volveremos aquí, llevando en las manos la urna de bronce que he escondido en las breñas, como sabes, a lo que pienso. Así les engañaremos con falsas palabras, trayéndoles la feliz noticia de que mi cuerpo ya no existe, que está quemado y reducido a ceniza. ¿Por qué, en efecto, me había de ser penoso estar muerto en las palabras, puesto que vivo y adquiriré gloria? Creo que no hay palabra alguna de mal augurio si ella es útil. He visto ya con mucha frecuencia sabios que se decía muertos volver a su morada y verse más honrados; por lo cual, estoy seguro de que yo también, vivo, apareceré como un astro ante mis enemigos. ¡Oh, tierra de la patria!, y vosotros, Dioses del país, recibidme favorablemente; y tú también, ¡oh, casa paterna!, porque vengo, impulsado por los Dioses, para purificarte con la expiación del crimen. No me despedáis deshonorado de esta tierra, sino haced que afirme mi casa y posea las

riquezas de mis ascendientes. Basta. Tú, anciano, entra y haz tu oficio. Nosotros, salgamos. La ocasión apremia, en efecto, y ella es la que preside a todas las empresas de los hombres.

ELECTRA (Dentro del palacio.): ¡Ay de mí!

PEDAGOGO: Me parece, ¡oh, hijo!, que he oído a una de las sirvientas suspirar en la morada.

ORESTES: ¿No es la infortunada Electra? ¿Quieres que permanezcamos aquí y escuchemos sus quejas?

PEDAGOGO: No, por cierto. Sin cuidarnos de cosa alguna, nos hemos de apresurar a cumplir las órdenes de Lojias. Debes, sin preocuparte de esto, hacer libaciones a tu padre. Esto nos asegurará la victoria y dará un feliz término a nuestra empresa.

B) **EURÍPIDES** (CORO DE MUJERES CAMPESINAS)

El dramaturgo usa un recurso interesante. En su versión, Electra es casada por orden de Egisto (ya que Clitemnestra no le ha dejado asesinarla) con un campesino, humillándola así; y para evitar que tenga hijo alguno con cuna suficiente para quitarle el reino. Este campesino, en un monólogo inicial, da cuenta de toda la historia de Electra hasta ese momento. El público de Grecia conocía estas historias de sobra, pero el dramaturgo dibuja así el arranque de su versión. Así comienza.

(Cabaña de campesino en los confines de la Argólida, en la parte más alta de las riberas del Inaco. Comienza a clarear el día.)

CAMPESINO: (solo) ¡Vieja tierra de Argos, corriente del Inaco: de aquí fue desde donde partió antaño el rey Agamenón con mil bajeles hacia la tierra de Troya!(...) ¡Ay, y después de haber tenido tantas dichas, en su propia casa vino a morir en una trampa que su mujer misma le puso. Esa fue Clitemnestra, hija de Tíndaro y un hijo de Tiestes, Egisto, fue el que obró el asesinato del rey! Así

murió, dejando el cetro de Tántalo. Y ahora Egisto impera en esta tierra y es dueño de la esposa que fue de Agamenón, la hija de Tíndaro. Cuando el mísero rey partió hacia Troya dejó un hijo varón, Orestes, y una muchacha ya bien crecida, Electra. Un anciano que había sido en otros tiempos intendente de la casa de su padre, pudo sustraer a Orestes de la muerte que contra él tramaba Egisto y lo fue a entregar a Estroffio, en la región de Fócida, para que lo criara. Electra se quedó en la casa de su padre. Cuando Electra llegó a la pubertad, ya estando casadera, fueron viniendo uno en pos de otro varios magnates de la Hélade a pedir su mano. Pero temeroso de que fuera a tener un hijo varón que resultara vengador de la sangre de su abuelo Agamenón, Egisto la negaba a todos y la retenía en casa. Ni eso le quitó el miedo. Pensaba que ella podría tener en secreto algún hijo de algunos de los nobles de Argos. Quiso matar a la doncella, pero la madre, con todo y ser malvada, la escapó de las manos de Egisto. Para la muerte que obró en su marido, hallaba disculpa, pero temía hacerse aborrecible al pueblo, si mataba a sus hijos. Entonces urdió Egisto otro plan: al que matara al desterrado hijo de Agamenón le prometía una buena cantidad de oro, y a mí me dio a Electra como mujer. Claro que mis antepasados son gente de Micenas, y en este punto no hay quien pueda ponerme tacha alguna, pero, aunque ilustres por la raza, carecían de bienes de fortuna: con lo cual la nobleza se acaba. Cuanto menos poder tuviera el marido de esta joven, tanto menor sería el temor de Egisto. Porque si hubiera sido un hombre de posibles, de buena posición, una vez casado, traería a la memoria el viejo crimen y se propondría vengarlo: haría que la justicia cayera sobre Egisto asesino. Y yo soy esposo, como me ven -¡que me sea testigo Cipris!-, que no he tocado el lecho de Electra: permanece aún virgen. ¡No, yo no soy tan desvergonzado de tomar como mía a una hija de tan altos padres, siendo el que soy por mi nacimiento vil! Y lloro solamente al pensar que si mi cuñado, vamos a decir, regresa alguna vez a Argos, hablo de Orestes, con que amargura vería el enlace de su hermana. Y no me importa que me tengan por loco por conservar intacta a una virgen en mi hogar. Quien tal diga estará nutrido de máximas perniciosas para normar su conducta. El dicterio que me atribuye yo se lo retorno: el loco es él.

(Sale Electra de la cabaña con una tinaja para traer agua, sumamente mal vestida).

ELECTRA: ¡Oh negra noche, nodriza de las áureas estrellas, veme cómo a tu sombra voy a traer agua al río portando esta ánfora sobre mi cabeza! No me abaten tanto los orgullosos excesos de Egisto contra mí, pero debo hacer que sean palpables ante los dioses. Y voy también a exhalar mis quejas ante mi padre en el inmenso éter. ¡Esa hija de Tíndaro, malvada, aunque mi madre sea, me arrojó del hogar paterno para congraciarse con su marido de ahora! Ya de Egisto tiene dados a luz otros hijos y Orestes, como yo, somos estorbo en su casa.